

- 1 Lee de nuevo ¡*Todos para uno!*, la lectura inicial de la unidad 8 de tu libro de Lengua. Después, ordena la secuencia de memoria, sin numerar los párrafos. Tienes que leerlo seguido, sin que se note que buscas el párrafo siguiente. ¡Fíjate en las palabras en negrita!

D'Artagnan, que era muy curioso de por sí, como lo son por lo demás quienes poseen el genio de la intriga, hizo mil esfuerzos por saber quiénes eran realmente Athos, Porthos y Aramis; porque bajo esos seudónimos cada uno de los jóvenes ocultaba su nombre de gentilhomme, particularmente Athos, en quien se reconocía a un gran señor a la legua. Se dirigió, pues, a Porthos para informarse sobre Athos y Aramis, y a Aramis para conocer a Porthos.

Este digno señor era muy silencioso. Hablamos de Athos, claro está. Desde los cinco o seis años, que vivía en la más profunda intimidad con sus compañeros Porthos y Aramis, estos recordaban haberle visto sonreír a menudo, pero nunca le habían oído reír. Sus frases eran breves y expresivas, y siempre decían lo que querían decir, sin más: ni adornos, ni florituras, ni arabescos. Su conversación se ceñía a lo esencial, sin perderse por las ramas.

Su reserva, su insociabilidad y su mutismo hacían de él casi un anciano.

Por desgracia, el propio Porthos no sabía de la vida de su silencioso camarada más de lo que ya se había traslucido. Se decía que había vivido grandes desgracias en sus asuntos amorosos, y que una espantosa traición había envenenado para siempre la vida de aquel refinado caballero. ¿Qué traición era aquella? Nadie lo sabía.

En cuanto a Porthos, si se exceptúa su verdadero nombre, que el señor de Tréville era el único en saber, así como el de sus dos camaradas, su vida era fácil de conocer. Vanidoso e indiscreto, era transparente como el cristal.

Porthos tenía un carácter completamente opuesto al de Athos: no solo hablaba mucho, sino que hablaba a gritos; por lo demás, poco le importaba que se le escuchase o no; hablaba por el placer de hablar y por el placer de oírse. No tenía una apariencia tan distinguida como la de Athos, al que se había esforzado por sobrepasar con sus espléndidos trajes. Pero con su sencilla casaca de mosquetero y solo con su manera de echar atrás la cabeza y adelantar el pie, Athos ocupaba al instante el lugar que le correspondía y relegaba al fastuoso Porthos a la segunda fila.

Aramis, pese a su apariencia de carecer de secretos, era un joven saturado de misterios, que apenas respondía a las preguntas que le hacían sobre los demás y eludía las que le hacían sobre sí mismo.

- 2 Memoriza estas palabras. Después, tápalas, encuéntralas en el texto y subráyalas.

arabescos	se ceñía	mutismo	relegaba	fastuoso	seudónimos
	gentilhomme	había traslucido	saturado	eludía	

- 3 Comprueba si has encontrado todas las palabras de la actividad 2 y corrige los errores.